

al fin la victoria quedó por las tropas del rey y de sus aliados, y los mejicanos, cubiertos de gloria y de despojos, volvieron á su ciudad, recibiendo las demostraciones de agradecimiento del monarca de Acolhuacan.

Son castigados los jefes rebeldes con la muerte. Tzompan y los jefes coligados pagaron con el último suplicio su rebeldía, y los Estados quedaron sujetos y tranquilos (1).

Ahogada la revolucion y castigados con la muerte los que la habian promovido, el triunfante soberano de Acolhuacan, estudiando la manera de evitar que se repitiesen nuevas rebeliones, admitió como remedio para ellas, el dividir el reino en sesenta y cinco Estados, regido cada uno por un señor que lo gobernase, pero subordinados todos á la corona.

El rey de Acolhuacan divide el reino en 65 Estados. Puesto en planta el pensamiento, sacó de cada Estado alguna gente para establecerla en otro; pero sin que por esto dejase de estar sujeta al señor del Estado de donde habia salido. De este modo trataba el rey Techotlalla de tener obedientes á los pueblos por medio de las personas extrañas en cada uno de ellos. Esta política, que revela gran disposicion y donde de mando en el rey que la concibió y la puso en planta, patentiza, como tengo ya indicado, la injusta calificacion que algunos escritores extranjeros han emitido respecto de los primeros habitantes del Nuevo-Mundo. Robertson, autor respetable por mil títulos, en otros puntos, se equi-

(1) Esta guerra está representada en las pinturas antiguas; pero se han engañado aquellos escritores que han creído que las ciudades mencionadas que señalan las referidas pinturas habian sido conquistadas para la corona de Méjico.

voca lastimosamente cuando se ocupa de las facultades intelectuales de los indios, asegurando que «poquísimos» tienen el discernimiento intelectual necesario para ser «juzgados dignos de acercarse á la sagrada mesa» (1).

La política adoptada por el rey de Acolhuacan, aunque previsora y sagaz para evitar rebeliones, era ofensiva á los súbditos pacíficos y leales, y altamente incómoda para los jefes encargados del gobierno. Sin embargo, los resultados de aquella política correspondieron á la esperanza concebida por el rey al abrazarla, aunque no siempre se disfrutó de la completa tranquilidad á que aspiraba.

Hecho el arreglo de los pueblos de la manera que expresado queda, Techotlalla nombró general de los ejércitos á Tetlato, que se habia distinguido en la lucha contra el rebelde Tzompan; introductor de embajadores y aposentador á Yalqui; mayordomo de palacio á Tlánu; inspector de policía de las casas reales al noble Amechichi, y director de los maestros que trabajaban el oro y la plata con perfeccion admirable, al inteligente Cohuatl.

Con el fin de conseguir que reinase la mas perfecta armonía entre las tres principales ramas que formaban la sociedad, y evitar los malos resultados que suelen producir siempre las preferencias y los favores á determinados bandos, hizo que el aposentador de embajadores tuviese á sus órdenes el número conveniente de oficiales colhuas, el mayordomo, de chichimecas, y el inspector de policía, de tepanecas. Respecto de las obras de orfebrería pertenecientes al rey, nadie podria entregarse á ellas sino los hijos del

(1) *Historia de América*, por Robertson, libro 8.º

mismo director, que eran los mas entendidos en aquel arte.

Todas estas notables disposiciones unidas á otros rasgos de política que revelaban fino tacto y prevision clara, contribuyeron á aumentar el esplendor de la corona, á rodear el trono de grande respetabilidad, á dar impulso al comercio, á la agricultura y á las artes, y á consolidar mas y mas los cimientos del trono de Acolhuacan.

Entre tanto los mejicanos, libres de los tributos de que antes se habian visto recargados, y considerados por el rey de Acolhuacan doblemente que hasta entonces, por haber contribuido al triunfo obtenido sobre el rebelde señor de Xaltocan, se entregaron al mejoramiento de cuanto constituia su vida política y social. La alianza llevada á cabo entre el monarca de Azcapozalco, suegro del de Méjico, y Techotlalla soberano de Acolhuacan, contribuyó tambien, en gran parte, á la prosperidad que empezaban á gozar. El favor del primero y las consideraciones del último, les permitió entregarse con afan á todas las obras materiales y de gobierno; y ampliados así los horizontes de su libertad y de su comercio, empezaron á poder sustituir sus miserables ropas, hechas de grosera tela de hilo de maguey (1), con otras mas agradables de tela de suave algodón.

Maxtlaton, Pero apenas empezaban á disfrutar de los  
señor de Coyoacan, se declara  
enemigo  
de  
los mejicanos. beneficios de que hasta entonces se habian  
visto privados, cuando Maxtlaton, señor de  
Coyoacan, hombre de instintos crueles, que  
miraba con despecho y temor la marcha progresiva de la  
nacion mejicana, se propuso malquistarles con el mo-  
narca de Azcapozalco.

(1) Planta llamada, en castellano, pita.

Era Maxtlaton hijo de este último, aunque muy distinto en sentimientos y carácter. Desde que su padre concedió la mano de la princesa Ayauhciuatl al jóven Huitzilihuitl, segundo rey de Méjico, se despertaron en el corazon de Maxtlaton afectos de odio, de celos y de venganza.

Maxtlaton amaba á su hermana, aunque nunca le habia revelado su amor, sin duda porque no esperó jamás que fuese entregada á otro hombre sin llegar antes á su noticia. Es preciso advertir que Maxtlaton y Ayauhciuatl, aunque hermanos, y ambos hijos de Tezozomoc, habian nacido de diversas madres, y entre los tepanecas era lícita la union entre hermanos, cuando concurrían esas circunstancias.

Pero la union de la hermosa Ayauhciuatl con el monarca mejicano se verificó sin que hubiese tenido noticia de lo que iba á pasar; y aunque despechado y celoso, disimuló su encono por entonces.

Aunque el tiempo llegó á amortiguar el sentimiento del amor hácia su hermana, hizo renacer otro no menos vehemente: el odio y la envidia hácia el que juzgó que podria llegar á heredar los dominios de su padre. Maxtlaton temió que en su sobrino Acoluahuacatl, hijo de su hermana y del rey de Méjico, recayese, pasado el tiempo, el señorío de los tepanecas, dando por resultado la sumision de su patria á la nacion mejicana; y no pudiendo tolerar aquella idea que le atormentaba, se propuso recurrir á un medio atroz, pero eficaz para evitarlo.

Aplazando, pues, el momento de la ejecucion para la época que juzgó conveniente, y anhelando humillar antes al soberano de Méjico y enajenarle las simpatías de la no-

bleza tepaneca, pasó á la ciudad de Azcapozalco para conseguir su objeto.

Habian trascurrido ya diez años desde la union de su hermana con Huitzilihuitl, cuando Maxtlaton tomó la determinacion que dejo referida. Rebosando encono contra los mejicanos y su monarca, pero disimulando su ambicion, convocó á la nobleza, y expuso con los colores mas vivos y alarmantes para la tranquilidad del Estado, el grado de poder á que habian llegado los que pobres y miserables habian logrado que se les concediese poblar una despreciable islita; exageró el orgullo y la arrogancia de que se hallaban henchidos desde que, merced al auxilio de ellos, habia alcanzado el rey de Acolhuacan el triunfo sobre los rebeldes; ponderó la ambicion de que estaban dominados, trabajando sin descanso por sobreponerse á todos los Estados; hizo ver los fatales resultados que podrian sobrevenir sobre el reino tepaneca si no se ponía á tiempo un límite á las aspiraciones que alentaban; y terminó quejándose de los graves daños que el rey de Méjico le habia causado, usurpándole la jóven que él tenia reservada para esposa.

Se hace comparecer al rey de Méjico ante la corte de Azcapozalco. La nobleza escuchó atenta y conmovida el discurso del vengativo Maxtlaton, y convino en que existia la razon en sus palabras, y en que era preciso llamar al monarca mejicano para que contestase á los cargos que contra él habia.

Huitzilihuitl se puso en marcha en el instante que se le comunicó el deseo de que se presentase en la corte del rey tepaneca. No habia en este paso dado por el monarca mejicano, nada opuesto á su dignidad, pues además de ser

costumbre en los soberanos el pasar al territorio de otro cuando se les invitaba, en el rey de Méjico existia el deber de obsequiar al soberano tepaneca, por ser su feudatario.

Cierto es que el monarca de Azcapozalco no fué quien dió aquella órden, porque no quiso mezclarse en un asunto en que tenia que lastimar la delicadeza del esposo de su hija; pero temia oponerse á la voluntad de su hijo, cuyo genio irascible conocia, y no tuvo suficiente energía para oponerse á lo resuelto por él y la nobleza.

El rey de Méjico fué recibido por Maxtlaton en una sala del palacio donde se encontraba toda la grandeza de la corte. Llegada la hora de comer, y sentados á la mesa, Maxtlaton hizo recaer la conversacion sobre los negocios de Estado, y tomando un aire severo, dirigió en seguida la palabra á Huitzilihuitl, manifestándole, con acento de reprimida cólera, que habia recibido de él una grande injuria, por haberse casado con la mujer que estaba destinada para ser suya. El monarca mejicano protestó que ignoraba aquella circunstancia cuando solicitó la mano de Ayauh-cihuatl: dijo que si hubiera tenido conocimiento de ello, se habria abstenido de pedirla; y añadió, que el mismo rey Tezozomoc debia hallarse ignorante de aquella pasion, cuando no puso obstáculo ninguno en entregarle su hija.

El señor de Coyoacan, no dándose por satisfecho de las sinceras palabras del monarca mejicano, le atajó diciendo que no olvidase que podia imponerle silencio y darle muerte allí mismo, castigando así su temeridad y dejando vengado su honor ultrajado; pero que no queria que en ningun tiempo se dijese que un príncipe tepaneca habia matado, prevaleándose del poder, á un enemigo. «Mar-

chad, por ahora en paz, que tiempo vendrá en que pueda tomar una venganza mas digna y decorosa.»

El rey Huitzilihuitl se alejó de la corte tepaneca con el corazon henchido de ira; y al entrar en su palacio de Méjico, hizo presente á los nobles lo que habia pasado en la entrevista con Maxtlaton.

Todos se indignaron del altanero proceder del orgulloso príncipe Maxtlaton, y se lamentaron de la debilidad del rey su padre; pero aun no estaba la nacion en estado de recurrir á las armas para vengar la ofensa de una nacion poderosa, y fué preciso devorar interiormente el ultraje, siendo motivo para que se trabajase con mas ahinco en poner á la ciudad en estado de hacerse respetar en un plazo no lejano.

Las palabras últimas del señor de Coyoacan, amenazando al monarca mejicano con una venganza en ocasion y tiempo oportunos, inquietó el ánimo de Huitzilihuitl, que esperaba de su injusto enemigo todo lo que existe de mas cruel en el corazon perverso de un hombre.

1399. No se hizo esperar mucho la venganza ofrecida. Maxtlaton, para evitar que el trono tepaneca pasase á manos del hijo de su hermana y del monarca de Méjico, su sobrino Acoluahuacatl, concibió el criminal pensamiento de asesinarle. Concebida la infernal idea, encargó la ejecucion del crimen á hombres de su confianza, pero de costumbres depravadas, asegurándoles que nada tenian que temer y sí mucho que esperar de su gratitud si le servian cumplidamente.

Los asesinos, alentados por la codicia del premio, obe-

decieron fielmente la órden, y el niño príncipe, que apenas contaba nueve años de edad, fué asesinado bárbaramente en 1399.

Ningun historiador ha referido la manera con que se cometió el crimen, ni se puede concebir cómo se perpetró dentro del mismo Méjico, sin que se llegase á descubrir jamás quiénes fueron los ejecutores del asesinato. Y sin embargo, el hecho es cierto. El crimen cometido en el hijo del afligido soberano de Méjico se halla consignado por los autores nacionales.

El trágico fin del niño príncipe inundó de amargura el corazon del desdichado soberano Huitzilihuitl; pero aunque sabia muy bien de dónde le habia venido el terrible golpe, meditó si seria mas conveniente fingir que ignoraba su origen, ó manifestar que lo conocia.

La nacion que gobernaba se reducía á los estrechos límites que aun ocupaba la naciente ciudad de Méjico, que empezaba entonces á levantarse y florecer.

Para reclamar contra el acto sangriento de Maxtlaton necesitaba la alianza de otros Estados.

El rey Huitzilihuitl no se atrevia á solicitar esta alianza, porque abrigaba la idea de que nadie quiere atraerse el odio del fuerte por salir á la defensa del derecho del débil.

Temia, ademas, que aquellos de quienes solicitase el auxilio y la cooperacion, lejos de servirle, se apresurasen á delatar sus proyectos al monarca tepaneca, exponiendo á la ciudad á sufrir las horribles consecuencias de una guerra destructora con una nacion comparativamente poderosa.

Los tlatelolcos, sus vecinos y rivales, serian en su concepto los primeros en unirse al rey de Azcapozalco para destruir su ciudad.

De fingir que se ignoraba el origen del crimen cometido en su hijo, solo se exigia la renuncia de una venganza.

De darse por entendido de la causa de su muerte, resultaba la obligacion de pedir una satisfaccion de la ofensa, envolviendo al país en una guerra para la cual no contaba aun con los elementos precisos, ó de humillarla si no la exigia.

Huitzilihuitl optó por ahogar en su corazon el resentimiento individual. Juzgó más patriótico sacrificar su deseo de venganza, á envolver á su nacion en una guerra funesta.

Huitzilihuitl pospuso, con abnegacion heróica, sus sentimientos de padre á los deberes de rey.

#### CAPÍTULO IV

Prosperidad de la agricultura entre los mejicanos y aumento de su comercio.

—Tlacateotl, segundo rey de Tlatelolco.—Fiestas de los mejicanos en la terminacion de cada siglo, que se componia de 52 años, y en el principio del siguiente.—Juego llamado de los voladores.—Ixtilxochitl, sexto rey de Acolhuacan.—Rebelion del rey de Azcapozalco y de otros señores contra el monarca de Acolhuacan.—Muere en una batalla Cuauhxitl, señor de Iztapalcoan.—Convenio de paz entre el rey de Acolhuacan y los rebeldes.—Muerte de Huitzilihuitl, rey de Méjico.—Mejoras que recibió Méjico durante su reinado.

La conducta de rigor emprendida de nuevo por los tepanecas contra los mejicanos, era mirada con notable placer por los tlatelolcos, que aspiraban á sobreponerse á sus antiguos hermanos y modernos rivales.

Los tlatelolcos, lisonjeando el amor propio del rey de Azcapozalco, habian conseguido que éste les dejase prosperar sin poner trabas á ninguna de sus empresas, logrando así ver á su ciudad levantarse rápidamente, dejando presentir una era próxima de ventura. Su rey Cuacuauhpitza huac que, desde que fué elevado al trono, se ocupó con celo infatigable del buen gobierno de sus vasallos, logró que la naciente ciudad se viese en poco